

Ventura Doreste

**ALEIXANDRE,**  
dios y humano

Cuando hace muchos años publicó Vicente Aleixandre **Sombra del Paraíso** —volumen capital en la lírica española—, muchos hubimos de creer que tan insólita perfección no podría ser emulada en obras diversas y sucesivas, a menos que el poeta se mantuviese en aquella misma alta línea. Hasta 1936, Vicente Aleixandre era un poeta muy personal y destacado; se le había concedido el Premio Nacional de Literatura por una de sus obras. Al aparecer en 1944 **Sombra del Paraíso**, libro radiante y único, pudo advertirse entonces que la personalidad del poeta se elevaba hasta situarse junto a las mayores en lengua española. En primer lugar, Aleixandre ofrecía un universo propio, dádiva que no se halla al alcance de todos los líricos, por muy ilustres que éstos sean. Unos se limitan a cantar el universo en torno, sin obtener jamás un perfil inalienable; otros, a lo sumo, edifican un falso universo, cuya fisonomía parece reconocible por el empleo frecuente de algunas convenciones y de algunos objetos siempre reiterados, que suelen caer en manos de los seguidores. Pero levantar un universo poético es empresa rara y dificultosa. Se trata, nada menos, que de crear un ámbito con sus leyes propias y sus propios misterios; un ámbito —diríamos con exactitud— que fuese limitado, pero infinito. Carlos Bousoño, que ha estudiado admirablemente el aspecto estilístico de Aleixandre, dice, en los capítulos últimos de su libro, que “quizá sea Aleixandre (junto al chileno Pablo Neruda) el poeta de nuestra lengua que ha lanzado una mirada más vasta y coherente sobre el universo, entregándonos una concepción tan trabada de él que los lectores menos preparados suelen percibirla en seguida” (1).

Tal observación es de extraordinaria justeza. Grandes líricos, como Unamuno, no crean ese universo de un modo exterior a ellos mismos, sino que su visión o concepción se arraiga perpetuamente en su propio espíritu; viven dentro del orbe que definen sus poemas. No sé si mis palabras sobre este asunto resultarán harto precisas. Guillermo de Torre ha podido escribir, a propósito de Jorge Guillén: “Todo gran poeta tiende a dar su interpretación del mundo en un modo único o unificado”. Ciertamente; mas aquí se trata de que ese modo parezca independizarse de su creador. Me atrevo a opinar —y esta idea es necesaria para el enfoque del presente artículo— que Aleixandre ha lanzado un universo prodigioso exterior a él; pero en el que se advierte, claro está, su aliento continuo. Si Unamuno, pongamos por caso, se encuentra en una relación panteísta con su orbe,

si es un Dios que vive en cada una de sus líneas, Vicente Aleixandre, como un demiurgo, entrega un universo aislado que parece alentar sin el creador, pero que el creador continúa sosteniendo. Con sus libros de poesía, Aleixandre repite las etapas de un Génesis propio. Acepta primeramente el mundo —el **mundus**— que le ofrece su tiempo lírico; y ello es revelado por **Ambito**, diamantina obra inicial (pero en la que, sin embargo, hay gérmenes del futuro camino de Aleixandre; no otra cosa ha querido sostener un artículo mío, el cual, según sospecho, no fue muy convincente (2); opera luego Aleixandre con la materia de un universo destruido por amor, precisamente: la destrucción o el amor. Más tarde, aquel poeta que se identifica con fuerzas extrañas y ciegas, con animales poderosos y elementos telúricos, llega al alto plano que revela **Sombra del Paraíso**. Imperan aquí el amor, la luz, la plenitud, el desnudo, puros y arquetípicos; apenas el poeta se dejaba ver personalmente en este o aquel fragmento de su obra. En medio de tanto júbilo y luminosidad, algunas veces se insinúan la muerte o la tristeza. Sí, el amor y el dolor —declara Aleixandre— constituyen el dominio del poeta verdadero. Pero, aunque amor y dolor estén por el poeta expresados con hondura singular —recuérdese que Dámaso Alonso ha dicho: “Toda la poesía de Aleixandre procede de auténtica emoción (3)—, ambos (amor y dolor) son sentidos y utilizados por un maravilloso demiurgo para alzar ese universo de que venimos hablando y en el cual no parece él sumergirse personalmente.

Creador absoluto, por lo tanto. El hombre Vicente Aleixandre no había intervenido aún en su propio universo; no había aún descendido, convivido, participado; aunque tal universo sólo había sido posible merced a su amor y dolor personales. Esa convivencia había de verse en un libro posterior: en **Historia del Corazón**, que pretendo analizar en este artículo. Publicada en 1954, la obra (4) nos entrega a un Aleixandre pasmoso; uno y vario: el poeta conocido y admirado nos brinda una perspectiva nueva en su espíritu.

En un estudio sobre el escultor Julio González, Juan Eduardo Cirlot, trasladaba un juicio de Jean Cassou; escojo las siguientes palabras, que convienen a mi propósito: “Las criaturas de González —dice el escritor francés— son los frutos de ese sentimiento demiúrgico que reina tan frecuentemente en los españoles y los compele a convertirse en inventores” (5). No se trata, pues, de la aportación de un matiz o, a lo sumo, de un sesgo; sino de una radical invención, de un prodigioso descubrimiento. Privadamente, ya de palabra, ya en epístolas, me había referido yo, hace años, al enorme poder demiúrgico de Aleixandre; y esa cualidad —no obstante la afirmación del gran Cassou— no es demasiado frecuente. Si miramos a lo universal, puede hallarse más en los novelistas —Cervantes, Balzac, Galdós, acaso Kafka—, que no en los poetas; y más en los poetas dramáticos, que no en los líricos. De ahí la asombrosa singularidad de Aleixandre. Es él un creador en sentido estricto y en amplio sentido; no organiza una materia y le infunde luego su extraordinario aliento; sino que, al revés, parece que ese aliento, al brotar, va articulando un determinado cosmos. Una vez construido ese cosmos, el poeta descenderá hasta él, y participará de un humano amor. Y junto a la amada, Aleixandre sentirá una plenitud divina, temerá una interrupción del amor, soñará la nada y descubrirá en qué consiste la fluyente permanencia del mundo.

En su discurso académico —cuyas páginas piden un detenido comentario— había dicho Aleixandre: “No en el soporte, tan misteriosamente indeterminable, del amor, sino en la actividad misma que en el objeto va apoyarse, en su modo delicadísimo de función, es donde quizá el hombre entrega al cabo descubierta e iluminada la última estrofa de su espíritu” (6). ¿Qué importa, en definitiva, la diosa que haya suscitado esa admirable actividad? Jorge Luis Borges, en su estudio sobre la **Divina Comedia**, tiene estas palabras: “Enamorarse es crear una religión cuyo dios es falible” (7). Falible el dios, la diosa falible, pero inmortal la religión. La poesía, justamente, pone de manifiesto, expresa, como ningún otro quehacer del hombre, el poder de esa actividad a que alude Aleixandre; y su libro **Historia del Corazón** responde admirablemente a sus palabras académicas. Maravillosa es la virtud del amor, y la de la poesía, que lo absorbe y lo recrea. Confiaba tanto en esa actividad Mateo Arnold, que hubo de escribir, en pasaje famoso: “El futuro de la poesía es inmenso, porque en la poesía, cuando ésta es digna de sus altos destinos, hallará nuestra especie, a medida que el tiempo pase, un apoyo cada vez más seguro” (8).

Acerquémonos a **Historia del Corazón**, cuyos poemas abren un nuevo panorama en la lírica de Aleixandre. Aleixandre humano, no demiurgo. Una concreta mujer, de carne y hueso, suscitará ahora el poderoso canto del poeta; he aquí al dios junto a una mortal; mortal él mismo. Pero de la coparticipación de este amor, desde esta humanísima pasión, Aleixandre ascenderá a la visión del amor como fuerza pura, como suma actividad del universo. Se ha observado que, en libro antecedente, la mujer desnuda se confundía casi con el mismo paisaje; era luz primaveral, río, frescura derramada. Tenemos aquí, en cambio, a una mujer tangible, cuyo nombre sueña y retiene el poeta. Pero el amor, aunque carnal, aparece trascendido por un sentimiento de pureza única. Advirtamos que tal sentimiento se distingue del simplemente platónico. Para Dante o para Petrarca —delicados amadores—, la intangible amada era símbolo de la ciencia o una mera figura que emanaba un poder de serenidad, una fuerza reguladora de las estrellas interiores del poeta. No creo incurrir en herejía si afirmo que la pasión amorosa, en **Historia del Corazón**, es esencialmente cristiana; expondré, con brevedad, las razones de ello. (Prescindamos ahora, para el objeto de nuestro examen, de ciertas alusiones del poeta, de ciertas señales que revelan la condición forzosamente secreta del amor “real” de Aleixandre). Un amor cristiano, decimos, porque hay en él una pasión del espíritu unimismada con una pasión de la carne; y esa fuerza, en verdad, no puede entenderse de otro modo. Ciertamente el alma del poeta trasciende de continuo el inmediato gozo de los sentidos, pero ese gozo es necesario; cierto que el poeta descubre que el amor es aroma, luz, llama; y por eso, cuando se unen los amantes, ambos llegan a “corporal unidad, hecha luz trastornada”.

Pocos libros poéticos se presentan tan articulados como **Historia del Corazón**. He aquí los temas generales que constituyen esa historia: la amada, los demás y la infancia. Aleixandre cuenta primeramente su impetuoso amor humano; luego se vuelve hacia los otros hombres y revela su misión poética, su unimismamiento con ellos; después, la mirada o la memoria del poeta se sumerge en su personal paraíso perdido, donde ape-

nas hay sombras, es decir, en su infancia lejana; finalmente, retorna a cantar su amor, cumpliendo un ciclo, y extiende una mirada suma, ofrece un latido total, sobre la historia recorrida: la de su corazón, exactamente. Es tal la calidad y fuerza del amor —universal— de Aleixandre, que el poeta ha debido cantarlo en este libro singular: historia o eternidad de su corazón. Lope de Vega, el impetuoso y virtuoso del amor, hace decir a uno de sus personajes, en "El Caballero de Olmedo":

Que un amante suele hablar  
con las piedras, con el viento.

Al viento de la eternidad ha lanzado Aleixandre las voces de su humano amor. Porque el poeta ha sufrido todas las vicisitudes, todos los dolores y todos los gozos:

Y mientras ese cuerpo duerme o gime de amor  
en los brazos amados,  
el amante sabe que pasa,  
que el amor mismo pasa  
y que en este fuego generoso que en él no pasa,  
presencia puro el tránsito dulcísimo de lo que  
eternamente pasa.

Y ha escuchado, lleno de temor, estas palabras:

Tuyo soy —dice el cuerpo armonioso—,  
pero sólo un instante.  
Mañana,  
ahora mismo,  
despierto de este beso y contemplo  
el país, este río, esa rama, aquel pájaro...

¿Y quién no sufre al ver el pasajero alejamiento de la amada? Pero descubre el poeta que la pasión infunde un sentido al universo. ¿Y esta frontera que alguna vez de la amada le separa? Pero de la simple confusión de los cuerpos puede ascender a la pura comprensión del amor, que no es sino: "Momentánea destrucción, combustión que amenaza / al puro ser que amamos, al que nuestro fuego vulnera..." En lo secreto de tanta plenitud reside siempre un fondo de tristeza; si algo ilumina el universo, es precisamente el amor. Al ascender en el vivir, la pasión, sin perder ímpetu, concede una singular placidez a los amantes. Así puede decir el poeta:

Todo es serenidad en la cumbre. Sopla  
un viento sensible, desnudo de olor, transparente.

Uno de los poemas esenciales del libro es el que se titula **Comemos sombra**, en el cual invoca el poeta a la fuerza desconocida que jamás se explica, y que tan sólo alguna vez podremos palpar "por un cabo del

amor"; palpar un cuerpo, tocar un alma. Con qué vigor trasciende el poeta lo inmediato, su propia condición de amante en un tiempo determinado, y se pregunta, con luciente angustia:

¿Dónde la fuerza entonces del amor? ¿Dónde la  
réplica que nos diese un Dios respondiente,  
un Dios que no se nos negase y que no se limitase  
a arrojarnos un cuerpo, un alma que por él  
nos acallase?  
Lo mismo que un perro con el mendrugo en la boca  
calla y se obstina.  
así nosotros, encarnizados con el duro resplandor,  
absorbidos,  
estrechamos aquello que una mano arrojara.

Es decir Aleixandre —dios humanizado— siente la angustia, el terror; porque la sola luz que llega es la que difunde un cuerpo amado, y el alma que lo enciende. Nada más. Pero ¿qué es un cuerpo, ese vaso prodigioso donde puede residir la luz, la llama del amor? En su poema último, que resume el apasionado pensamiento del libro, Aleixandre no puede concebir a la amada como una tierra que ha de acabar, no como materia:

No: alma más bien en que todo yo he vivido, alma  
por lo que me fué la vida posible,  
y desde la que también alzaré mis ojos finales  
cuando con estos mismos ojos que son los tuyos,  
con los que mi alma contigo todo lo mira,  
contemple con tus pupilas, con las solas pupilas  
que siento bajo los párpados,  
en el fin el cielo piadosamente brillar.

Hasta tal altura infrecuente la órbita del amor aleixandrino, si bien la hemos trazado en esquema hartamente sucinto. Órbita del amor hacia la mujer, se entiende; pues en el resto del libro tórnase el poeta, como hemos ya aseverado, hacia los demás, cantándolos **hic et nunc**, y confundiendo con ellos, comunicándose totalmente. Bien sabe él que "el poeta canta por todos" y que un corazón único lo lleva: en la voz de los otros el poeta se reconoce:

Y es tu voz la que expresa. Tu voz colectiva  
y alzada.  
Y un cielo de poderío, completamente existente,  
hace ahora con majestad el eco entero del hombre

Con qué ternura, con qué punzante nostalgia mira o recuerda el poeta aquel perdido paraíso de luz que fue su infancia, reino que en verdad nunca se pierde. Aquel ir y venir por la ciudad; aquel soñar perpetuo; aquellos contactos primeros con la mujer, siempre al alcance del sueño y del deseo infantiles y siempre tan lejana. Hay un poema paralelo, por el asunto y la ternura, a un poema famoso de Chénier, pero en Aleixandre, el

poeta, niño candoroso, sólo ve cruzar a una muchacha de pareja edad: eso es todo. También, en **Historia del Corazón**, puede notarse alguna vez un toque de humor exquisito. Traslado un poema que se encuentra en la sección "La mirada infantil"; su título "El niño raro":

Aquel niño tenía extrañas manías:  
Siempre jugábamos a que él era un general  
que fusilaba a todos sus prisioneros.

Recuerdo aquella vez que me echó al estanque  
porque jugábamos a que yo era un pez colorado.  
Qué viva fantasía la de sus juegos.  
El era el lobo, el padre que pega, el león,  
el hombre del largo cuchillo.

Inventó el juego de los tranvías,  
y yo era el niño a quien pasaban por encima las ruedas.

Mucho tiempo después supimos que, detrás de unas  
tapias lejanas,  
miraba a todos con ojos extraños.

Detengamos aquí nuestro análisis. Pienso que las páginas antecedentes han insinuado en lo posible (para claridad de algún lector) la vívida riqueza del libro de Aleixandre. La potencia lírica de éste no es usadera en las letras españolas, y acaso podamos hallarle parentesco en la poesía inglesa y en la germánica, singularmente por lo que atañe a obras anteriores a **Historia del Corazón**; porque en ellas predominan las vislumbres de un cosmos sobrenatural (cuando no aparece éste: tal en **Sombra del Paraiso**); en esas obras el sentido poético se apoya sobre todo en la imaginación; recordemos los nombres de Shelley y de Hölderlin. Hablo de un aire común, no de un entronque: Aleixandre es profundamente original, y alguien ha señalado sus relaciones con la poesía española de otros tiempos. En ese libro, el poeta abandona la serenidad con que presidía aquel universo —que sigue girando armonioso, luminoso y triste—, a fin de contarnos un humano amor, situado en un tiempo y espacio concretos. Con todo, no puede olvidarse que es también la voz misma de la humanidad; que gracias a ésta y a la mujer ha conocido la fuerza del amor: la calidad y el sabor y el tacto de la llama que confiere sentido y permanencia al universo. Como Walt Whitman —pero más puro, si cabe—, Aleixandre es un poeta fuertemente unimismado con su tiempo y sus contemporáneos; con su país y con su idioma. Por eso su historia cordial trasciende todo acabamiento y accede a la eternidad misma. Quisiera transcribir, para terminar este examen, unas palabras del siempre fértil Alain: "Le mouvement poétique nous emporte; il nous fait entendre les pas du temps qui jamais ne s'arrête, et qui même, chose à remarquer, jamais ne se hâte. Nous sommes remis au train de toutes les hommes et de toutes les choses; nous rentrons dans la loi universelle" (9). La poesía nos hace, pues, convivir con todos los demás, y con todas las cosas; multiplica nuestra conciencia y nos hace solidarios, comunicativos y comunicantes. "Le thème de la poésie est toujours —dice en el mismo lugar Alain— le temas et l'irrè-

parable". Pero ¿no vencerá a ambos, en definitiva, el amor, la llama que lo va iluminando, la pasión de un poeta o de unos amantes? Libros como **Historia del Corazón**, tan excepcionalmente, tan hermosamente humano, compelen a soñar que sí.

## N o t a s

- (1).—Carlos Bousoño: **La poesía de Vicente Aleixandre. Imagen, Estilo. Mundo poético.** Insula. Madrid, 1950. Pág. 225.
- (2).—Ventura Doreste: **La unidad poética en Aleixandre.** Insula, 50, Madrid.
- (3).—Aleixandre y Dámaso Alonso: **Vida del poeta: el amor y la poesía.** Discursos académicos, Madrid, 1950.
- (4).—Vicente Aleixandre: **Historia del Corazón,** Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1954.
- (5).—Juan Eduardo Cirlot: **El escultor Julio González.** Goya. Revista de Arte. Núm. 4. Madrid, 1955.
- (6).—Aleixandre y Dámaso Alonso: op. cit.
- (7).—Jorge Luis Borges: **Estudio preliminar a La Divina Comedia.** Clásicos Jackson. Ediciones Exito. Barcelona, 1951.
- (8).—Matthew Arnold: **Poesía y poetas ingleses** (Cap. "El estudio de la poesía") Colección Austral. Buenos Aires, 1950.
- (9).—Alain: **Vingt Lecons sur les Beaux-Arts** (Cap. "La poésie"). N.R.F. 1931, París.